

“PESADILLA DE MUERTE”

Me parapeté en el promontorio de rocas cerca de la salida del rancho.

Intenté vislumbrar algo, porque la luz del sol me daba de pleno en la cara.

¿Dónde estaban?

Mi vista ya no era de las mejores.

A mis 42 años, ya no aguzaba mi mirada como antes.

Respiré despacio e intenté distinguirlos.

Cargué la Winchester 12 y esperé a que ellos mismos se descubrieran.

Así no me arriesgaría.

Generalmente estos chicos no sabían gran cosa:

Abandonaban la escuela para dedicarse a ser ladronzuelos de poca monta que nos hacían perder el tiempo en sus tonterías, como si les divirtiese ser buenos para nada.

Uno estaba cerca, como a 15 metros, con una expresión de miedo en su semiescondida cara.

El otro, más lejos, a cosa de 30 metros, se veía más tranquilo, como si estuviese midiendo el terreno.

No había nadie más por esta vez.

Mejor.

Caía la tarde y un viento de lluvia la anunciaba.

Sentí un escalofrío estremeciéndome, cual si fuera un presentimiento.

Un mal sabor de boca, como si tuviese una moneda de cobre en la boca, me produjo asco.

Nauseas me invadieron un instante.

Me recompuse, respirando despacio.

No era el momento de perder los estribos.

Estaba en juego mi vida.

Deseé que esto terminara de una vez para poder irme a casa, tomar un chocolate caliente batido acompañado de un sándwich de queso doble crema, escuchando la linda voz de mi amada esposa.

El hambre me roía el estómago.

En medio de la tensión, una risa nerviosa me tomó por sorpresa.

Pero la necesidad de hacer cumplir la ley en esos poblados me absorbía.

Oí como el de más lejos se arrastraba como víbora e imaginé a su compañero cubriéndolo.

No debía sorprenderme.

Escuchaba su cuerpo deslizarse, reptando.

Algo sucedería enseguida.

Así pues, saqué de mi tobillo la pequeña 22 e hice 3 tiros al aire y acto seguido me paré un instante.

Fijé la vista.

En una milésima de segundo, accioné el gatillo de la Winchester, la cual vomitó fuego.

La víbora se retorció adolorida.

Mi primer enemigo estaba muerto.

La verdad no disfrutaba matando.

Me fastidiaba quitarle la vida a alguien.

¿Habría hecho lo correcto?

No tenía más testigos que el chiquillo observándome con el terror pintado en los ojos como si la muerte fuese un acicate a su mal proceder.

El otro, alzó los brazos, aterrado, rindiéndose.

No tendría más de quince años, y al igual que su compañero, eran cuatrerros de poca monta.

Vidas desperdiciadas.

Mientras caminaba hacia la camioneta, sentí un sordo dolor en el alma: Me había precipitado al ultimarlos.

Ya en la Wagoner, las gotas gruesas de lluvia, cayeron con fuerza.

Se desprendió un olor a tierra mojada que me inyectó una súbita paz, a pesar del muerto.

“Sube”

Le ordené al jovencito, todavía apuntándole, aunque en su cara el miedo le dibujaba angustias.

Lo esposé con las manos en la espalda.

Me subí adelante.

Un aguacero implacable se batió indolente sobre la calurosa tierra y, mientras avanzaba a buen paso en la terracería, pensé en el pobre muerto.

No podía dejarlo allí, a la carroña.

Tomé mi radio transmisor.

Llamé a Tex, mi ayudante.

El se encargaría de atender la diligencia.

Cuando entramos en la carretera pavimentada, un extraño cambio se presentó.

Por el retrovisor observé al detenido y, junto a este, al muerto, que con el pecho bañado en sangre intentaba hablar.

Brinqué del susto.

Por poco me salgo de la carretera.

¡No podía ser!

Intenté detener la marcha, pero el miedo me atenazó...

¿Qué tal si me paraba en ese tramo, olvidado de Dios y caía víctima de una visión de un muerto?

Continué el camino, tratando de no volver la vista ni una vez.

Para cuando el Departamento de la Policía Rural, es decir mi oficina, estuvo a la vista, me volví sin atreverme a mirar el retrovisor...

¡No había nadie!

Detuve la camioneta y bajé.

Las portezuelas de atrás tenían puestos los seguros...

Un temblor incontrolable me sacudió.

¿Qué había pasado?

No lo sabía.

Como las pesadillas de mi niñez...

Pasos de sangre que se dirigían al oscuro pasillo junto al baño...

La opresiva sensación de muerte de la que despertaba gritando, y los mimos consoladores de mi hermosa madre, susurrándome con su voz de ángel, "Ya mi amor, fue sólo una pesadilla".

Al recordarla, lágrimas de dolor llenaron mi rostro.

Ya no estaba bajo su cobijo y protección.

Enfrentaba las dificultades de mi trabajo como sheriff de un pueblito polvoriento.

Era imperativo crecer y enfrentar las responsabilidades de ser adulto.

Intenté racionalizar esa situación.

Me había enfrentado con cuatreros, ultimé a uno, el otro se subió conmigo.

Tal vez, sin darme cuenta, el muchacho se escapó...

¿Cómo explicaba lo del muerto?

¿Qué le diría a mis superiores?

Me costaba trabajo calmarme.

Me detuve junto a un sendero cercano.

Bajé del vehículo.

Debía existir alguna explicación.

¡Ya sé!

¡Lo presentaría como una broma de mal gusto!

Tex se molestaría pero al final, lo olvidaría.

Por la noche, llegué a casa algo cansado:

Había sido necesario convencer a Tex de que todo se trataba de una broma, aunque su risa no me dijo nada.

Sonaba hueca e incrédula.

Abrí la puerta con la llave, pues seguramente Tany dormía.

Por eso, la luz de la lámpara de la sala me alarmó.

¿Habría pasado algo?

Saqué mi pistolita y sin decir “Agua va”, entré de un tirón.

Sobre el sofá, Tany yacía con las piernas abiertas, manchadas de sangre y una nota escrita con ella que decía sólo RETRIBUCIÓN.

Los niños estaban bien, pero no supe explicarles que pasaba.

Volví al rancho muy de noche.

El cuerpo seguía allí.

Me acerqué.

Estaba boca abajo.

Lo volví boca arriba, y la mirada fija de Tex me reveló una expresión de terror infinito.

Desesperado, abordé mi vehículo y salí de allí a toda prisa.

Los niños estaban solos.

Cuando llegué a casa los encontré llorando con cara de espanto.

“El mostro vino, papá”, me dijo Laidita.

Afortunadamente, el cadáver de su madre descansaba en el garage, mientras llegaba el forense.

“¿Monstruo? ¿Cómo era?”

No supo decir nada y su hermanito le hizo segunda.

La tensión se palpaba en el ambiente.

Espesa como una niebla mañanera, percibía a la maldad vibrando en la casa.

¿Cómo proteger a los niños?

¿Podría enfrentar al monstruo con mis fuerzas?

¿Le afectarían las balas?

Avancé despacio.

Cada paso, mi miedo aumentaba.

Entonces, cruzando la ventana, el muerto se precipitó sobre mí con una furia maníaca en su rostro...

Desperté, bañado en sudor.

A mi lado, la respiración de Tany era la normal para quienes duermen.

Me levanté y fui al cuarto de los niños.

Ambos dormían placidamente.

Estaba amaneciendo.

Sonó el teléfono.

Con los nervios crispados, levanté el auricular.

La voz de Tex sonaba preocupada.

“¿Te desperté? Disculpa pero de nuevo los chicos Pendam están robando en el rancho de los Doler... ¿Vas allá?”

“Ahora mismo”, dije.

Cargué mi escopeta y, sacudiendo mi mente la pesadilla, salí al aire cálido de esa mañana.